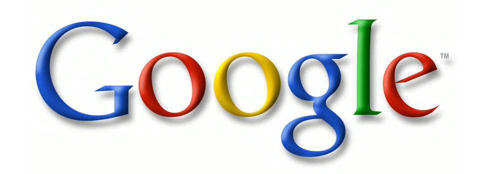

Google



ASOCIACION DE CONFERENCIAS

LA MUJER

EN LOS

PALACIOS REALES

POR

D. VALENTIN GÓMEZ

MADRID
TIP. DE LA REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS
Infantas, 42, bajo izq.
1906

LA MUJER

en los

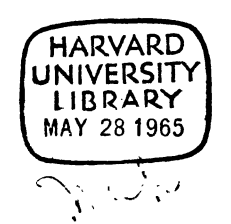
PALACIOS REALES

POR

D. Valentín Gómez

SUMARIO

Soberanía de la mujer.
Cómo el cristianismo la ha engrandecido.
Emperatrices gloriosas de Oriente, desde Santa Helena hasta Santa Teodosia.
Las princesas de la Edad Media en Occidente, desde Santa Clotilde hasta Isabel la Católica.
Las causas de perdición convertidas por el cristianismo en medios de perfeccionamiento.
La virtud más poderosa que el mal ejemplo.
El siglo XVIII.
Madama de Maintenon.
La corte de Luis XV.
La Reina y sus hijas.
Luisa María de Francia ó Sor Teresa de San Agustín.
La hija santa salvando al padre pecador.
Los revolucionarios y las órdenes monásticas.
Los palacios son también templos de la virtud.



SEÑORAS, SEÑORES:

Reclamo vuestra atención para que ejercitéis vuestra paciencia: mas yo os prometo ser breve para que el tormento no sea largo.

Ni el saber, ni la erudición, ni la elocuencia, ni la autoridad, me dan derecho á ocupar este sitio. Pero la fe profunda y el deseo ferviente del bien, permiten á las medianías modestas alternar, sin escándalo de nadie, con los que habitan las cumbres más elevadas del mundo intelectual.

A éstos, justo es pagarles el tributo de admiración que por ley del genio les corresponde; á los demás, concédasenos aquella indulgencia que los ánimos altos y generosos no niegan nunca á los humildes.

Oidme, pues, benévolamente, que voy á hablaros de

LA MUJER EN LOS PALACIOS REALES

y en especial de

UNA HIJA DE LUIS XV

Mujer, que aqueste nombre
es el mejor requiebro para el hombre.

dice el bravío personaje creado por Calderón en su drama inmortal *La vida es sueño*

Antes de esto, á la pregunta que le hace Clarín acerca de lo que ha podido causarle mayor agrado y admiración en la corte, contesta sin vacilar:

Nada me ha suspendido,
que todo lo tenía prevenido.
Mas si admirarme hubiera
algo en el mundo, la hermosura fuera
de la mujer. Leía
una vez yo en los libros que tenía,
que lo que á Dios mayor estudio debe
era el hombre, por ser un mundo breve,
mas ya que lo es recelo
la mujer, pues ha sido un breve cielo,
y más beldad encierra
que el hombre cuanto va de cielo á tierra.

Este Segismundo, criado en la soledad de los riscos de Polonia, lejos de todo comercio con los hombres, fuera del preceptor que le enseña algo de lo que dicen los libros, nada de lo que dice el corazón humano, vuelve á su cueva, después de aquella rápida excursión á la corte, y cuando recuerda lo que ha visto y le persuaden de que todo ha sido obra de la imaginación en las horas del sueño, se rebela de pronto contra esa superchería, al oir los latidos de su pecho enamorado, y exclama:

Sólo á una mujer amaba...
que fué verdad, creo yo,
porque todo se acabó,
y esto sólo no se acaba...

Habla la humanidad por boca de Segismundo, como en nombre de todos sus descendientes habló Adán á la primera mujer cuando apareció á su vista con el esplendor de la hermosura no mancillada todavía por la sombra del pecado. En lo que la amaba, conoció que era un pedazo de su propio ser, carne de su carne, hueso de sus huesos: y en el asombro que despertó en su espíritu la contemplación de tantas

perfecciones, vió Adán que Dios había terminado la obra de la Creación, con la más admirable y encantadora de las maravillas.

El hombre de las selvas, Segismundo, de nada se suspende y extraña, en medio de las grandezas de la corte, sino de la hermosura de la mujer.

El hombre del Paraíso no tiene tampoco palabra alguna de admiración y sorpresa al verse rodeado de los encantos de la naturaleza virgen, deslumbrante de luz, perfumada con los primeros aromas de flores que no debían marchitarse nunca, festejada con armonías que jamás volverían á escuchar oídos humanos..... No: nada le asombra, nada le sorprende..... Pero ve á la mujer, y sus ojos se quedan extasiados ante ella, que le mira con ojos semejantes á los suyos, que le sonríe con sonrisa que es reflejo de la de sus propios labios y que le habla con la voz, el acento y la palabra que á él solo le había otorgado la Omnipotencia Divina. Ve á la mujer, y entona un himno de gracias al Señor que se la ha dado por compañera, y una canción de amor á ella, canción eterna que, después de la caída y á través de los espacios inmensos de la historia, ha ido repitiéndose de generación en generación, como si todos los siglos, congregados á la vez en la superficie del planeta, levantasen un formidable clamoreo gritando: ¡te amo!—á la mujer madre—: ¡te amo!—á la mujer esposa—..... y ¡te adoro! á la mujer virgen, á quien los cielos y la tierra proclamaron bendita entre todas las mujeres.

Fué la mujer, sin embargo, la que hizo pecar al primer hombre; fué la mujer la que rindió la fortaleza de David; por la mujer se oscureció la sabiduría de Salomón, y ella, en las Sagradas Escrituras y en los libros y consejos de los hombres más espirituales, se nos presenta como enemigo de nuestro reposo y ariete que fácilmente derriba el muro de nuestra virtud.

Pero, ¿qué mayor prueba de que el hombre lo hace todo

por ella, de que ella es el imán de su voluntad, el móvil de sus acciones, el astro que le atrae y le hace girar como satélite en la órbita de que ella es centro; qué mayor prueba de la soberanía que sobre él ejerce, que poner á sus pies hasta el mandato de Dios, hasta la salvación de su alma, sin que los halagos del poder, los triunfos de la sabiduría, las aclamaciones de la gloria, los goces de la riqueza sirvan, generalmente, de otra cosa que de solicitud humilde para merecer de ellas el premio de una mirada?

Al fin, ellas pueden decir que son de mejor estirpe que nosotros: ellas son hijas de nuestra carne; nosotros somos hijos del barro. Y hoy y siempre, en el Paraíso y después del Paraíso, el barro, hecho hombre, se postra enamorado ante la carne hecha mujer.

No sé, no quiero saber lo que ocurre en aquellos pueblos donde las mujeres amontonadas, como rebaño, en el harem, viven sometidas á la tiranía de los hombres.

Tengo para mí, no obstante, que tales hombres serán menos tiranos de lo que ellos mismos se figuran.

Alguna de entre ellas habrá, seguramente, que llegue al corazón del señor, aunque no sea reina de Sabá, y el señor dejará de serlo cuando le miren los ojos acariciadores de la esclava, y la esclava sonreirá gozosa al comprender, en la voz tremulenta del poderoso señor, que ya su alma queda sujeta á la voluntad de su hermosura triunfante, para quien los cetros y las coronas no valen más que los juguetes que el capricho infantil hace pedazos cuando apenas ha podido recrearse en ellos.

No sé si estas cosas ocurrirán allá en los Estados que no se rigen por el Código escrito en la Cruz con la sangre del Hijo de Dios. Lo que sé, es que el Cristianismo ha santificado en todas partes la natural soberanía de la mujer en el corazón del hombre y en el corazón de los pueblos, y que cuando no ha vencido con los encantos de su belleza ó con el atractivo de su ternura, ha vencido con el poder incon-

trastable de su fe y de su virtud; y si las pasiones de los hombres se han desbordado, rompiendo los diques de la obediencia, al tratarse de dogmas, ó los del pudor, al corromperse las costumbres, ellas han aparecido cercadas de diademas luminosas, como ángeles tutelares de la cristiandad, que los doctores, los Pontífices y los Concilios no vacilaron en llamar á su socorro en circunstancias angustiosas para la Iglesia de Cristo.

Los nombres de esas mujeres sublimes á quien tanto debe la civilización cristiana, que es la civilización dominadora del mundo, están grabados con letras de diamante en la historia de los Imperios y de los Reinos más esclarecidos.

En la conversión de Constantino intervinieron una madre y una hija: Helena y Constanza, ambas coronadas con el nimbo de la santidad, mucho más precioso que la corona del Imperio.

Teodosio el Grande, tan grande por haberse humillado ante San Ambrosio para llorar y gemir y rescatar con penitencia pública el horrible degüello de los habitantes de Tesalónica, como grande fué por la prudencia y la justicia con que rigió el Imperio, á su mujer Placila que los griegos adoran en los altares, y á su hija, debió en gran parte que su palacio fuera templo de todas las virtudes y amparo y consuelo de todas las miserias.

Nieta de ese Emperador glorioso fué una mujer de quien el autor de la *Historia general de la Iglesia* dice que no ha tenido igual, antes ni después; y añade «que fué un prodigio que Dios obró entonces para honrar á la mujer, á quien la sabiduría inspira y su gracia santifica, ver á una joven de diez y seis años gobernar un Imperio y hacerle feliz».

Pulqueria se llamaba esta joven singularísima que, por espacio de cuarenta años, puede decirse que gobernó el Imperio, bajo el nombre de su hermano, Teodosio el joven, y cuando éste, seducido por heresiarcas hábiles, se hizo ins-

trumento de ellos, Santa Pulqueria, nombrada *legado* del Papa por el Pontífice San León, logró poner coto á las demasías de aquellos turbulentos enemigos de la unidad de la Iglesia; y muerto su hermano, y enlazada con el vínculo del matrimonio á otro Emperador proclamado por ella, y digno de ella, venció el cisma, reprimió el orgullo de los herejes, dió paz á la Iglesia y salvó la religión.

Prodigios tales esmaltan las crónicas de las matronas cristianas y resplandecen en los Tronos, como soles creados por Dios que iluminan y fecundan los pueblos agrupados en derredor de la Cruz.

La Emperatriz Irene, azote de los Iconoclastas, reune el segundo Concilio de Nicea, preside su última sesión y celebra, con una magnificencia verdaderamente oriental, la destrucción de la herejía y la restauración del culto de las imágenes.

Prosigue su obra Santa Teodosia, y ella, con el concurso de otras mujeres animosas que más bien parecen soldados distinguidos del gran ejército cristiano, pone tan robusto valladar á las herejías todas, que, á pesar del cisma que sobrevino después, no pudieron levantar de nuevo su cabeza rebelde, sino para ser aplastada una y cien veces como la de la simbólica serpiente, por la invicta planta de la mujer redimida.

La Edad Media, que algunos llaman Edad de sombras y de barbarie, porque al formarse las nuevas Monarquías y las nacionalidades desprendidas del gran Imperio romano, como materia cósmica de un astro roto que va á formar nuevos planetas, producíanse los estremecimientos propios de todo lo que se derrumba para dejar espacio á todo lo que se edifica; la Edad Media, que muchos consideran como vergüenza del linaje humano, es un engarce de perlas que guarda en sus anales la Iglesia con el amor y el esmero debidos á sus más preciados tesoros.

Sí; perla de incomparable valor es Clotilde, la que, con-

virtiendo á Clodoveo, hace que Francia se enorgullezca con el título de hija primogénita de la Iglesia.

Perla es Radegonda, esposa de Clotario I, cuya penitencia y piedad, que edificaban á la corte y asombraban al pueblo y hacían del poeta Fortunato una gloria literaria de Francia y un santo para el cielo, no podría explicarse humanamente si la humildad, que es la virtud cristiana por excelencia, no hiciese que aun las almas más perfectas se juzguen siempre indignas, como el centurión, de recibir á Dios en su morada.

Perla es aquella Blanca de Castilla, que moldeó el espíritu de San Luis con la frase inmortal que debe estar grabada en el cielo por mano de los ángeles para ceñir, como corona de gloria, la frente de quien la pronunció: «Hijo mío, más quiero verte muerto que manchado con un pecado mortal».

Perlas son Indegonda y Rigonta, esposas, respectivamente, de San Hermenegildo y Recaredo; perlas Santa Isabel de Portugal; Santa Berta, esposa de Etelberto, Rey de Inglaterra, convertido por ella al cristianismo; Santa Margarita de Escocia; Santa Matilde, esposa de Enrique de Alemania, gran santa y gran gobernante; Santa Adelaida, que mereció el nombre hermosísimo de *Madre de los Reinos;* Santa Cunegunda, esposa de San Enrique, que hace, en unión de su esposo, la felicidad del Imperio, realizando en la tierra el ideal de los gobiernos cristianos; Santa Eduvigis, convirtiendo la Lituania y creando la gran nacionalidad polaca, que había de sucumbir con el tiempo á la rapacidad de vecinos poderosos, no sin la protesta de otra mujer insigne, María Teresa de Austria, el *mejor rey* de su tiempo; la Princesa Matilde, orgullo de Italia, hija predilecta de San Gregorio VII, fundadora de los estudios de Bolonia, donde las mujeres podían enseñar; Santa Brígida, verdadero Apóstol; Santa Catalina de Sena, maravilla del siglo XIII; nuestra Berenguela, que si no fuese gloriosa por

sí misma, lo sería por haber dado á luz al Rey más grande y más santo de las dinastías españolas; María de Molina, en quien el genio dramático personificó la *Prudencia en la mujer*; Juana de Arco, campesina que salva á Francia; y llegad luego, en ese esplendoroso collar que adorna la garganta de nuestra Madre la Iglesia, á aquella Reina, á aquella Isabel de Castilla, orgullo de España y pasmo del mundo, que hoy mismo la invoca cuando quiere presentar á las generaciones el modelo acabado de las Reinas prudentes, de las esposas fidelísimas, de las madres cariñosas, que puestas en lo alto del Trono, compartiendo su corazón entre Dios y el pueblo, crea un pueblo para que sirva á Dios y lleve su estandarte glorioso á mundos que el mismo Dios hace surgir del fondo de los mares, á fin de que haya mayor número de labios que la alaben, y mayor número de corazones que la adoren.

En el Trono ó cerca del Trono, en los palacios reales ó alrededor de esas moradas suntuosas donde el vulgo suele ver con envidia y con odio la vida de los placeres, la felicidad insultadora de las miserias humanas, el cristianismo, que introdujo en la tierra un nuevo y maravilloso sistema métrico, con el cual no puede compararse el que la ciencia ha inventado después, y que consiste en medir las almas por la virtud y no por el linaje, creó una verdadera raza de mujeres sublimes, cuya grandeza asombraría, sin comprenderla, á las implacables matronas de Esparta y á las severas matronas de Roma.

El poder, la majestad, las riquezas, la sumisión servil de los que viven al calor de esos astros fecundantes, han sido siempre ocasión de caídas horrendas y de corrupciones que parecían pedir al cielo nueva lluvia de fuego, como la que abrasó á las ciudades de Pentápolis.

Pero el cristianismo desarrolla una actividad purificadora tan enérgica, que las mismas causas de perdición las convierte con frecuencia en causas de perfeccionamiento y de

heroísmo moral; y así el poder, la majestad y las riquezas, han sido como marcos de oro de la virtud humilde, que resalta más en los esplendores del palacio que entre las sombras de la cabaña.

Creerán algunos, sin embargo, que cuando en los palacios y en los Tronos ha brillado la santidad ó la virtud eminente ó la prudencia y el saber en las mujeres, es porque los hombres que las rodeaban, la atmósfera que las envolvía, el pueblo mismo que con su amor y sus aclamaciones correspondía á los beneficios de que era deudor á sus Princesas, venían á ser como elementos educadores á los cuales no podía sustraerse sino alguna naturaleza depravada y rebelde, de esas en que se estrella hasta la eficacia del ejemplo.

En una sociedad de creyentes, en una época de gran fe y de gran piedad, ¿puede maravillar á nadie que las Princesas y Reinas sean virtuosas? Cuando el cristianismo se ha inyectado en el torrente circulatorio del cuerpo social, ¿es cosa extraña que surjan organizaciones privilegiadas, particularmente en aquel sexo que por su sensibilidad y su delicadeza sufre más pronto la influencia del espíritu reinante?

Contra esta observación bastaría recordar las circunstancias en que, algunas de las mujeres egregias que he citado antes, hubieron de mostrar sus cualidades extraordinarias: las que convertían á sus regios esposos, ó atraían á la verdadera fe á comarcas y Estados enteros, corrompidos por la idolatría ó perturbados por el cisma: las que desbarataban á los herejes que se habían hecho dueños de las inteligencias de los sabios, del ánimo de los grandes y de las Sedes de los Obispos: las que, como Isabel de Castilla, encontraban un Reino en la anarquía, con un pueblo y unos nobles que ahorcaban á sus Reyes en efigie, como los Reyes habían degollado á sus Ministros en persona: las que, como Catalina de Médicis, tenían que hacer frente á los hugonotes poderosos y á los intentos, no siempre desinteresados, de la Liga: éstas y otras Princesas, ¿no debieron

sus triunfos á su propia grandeza? ¿No brillaron con luz propia en medio de las tinieblas, como los astros en la noche, como el foco eléctrico en las oscuras profundidades de la tierra?

Pero más elocuente demostración de la altura moral de las mujeres de regia estirpe, á pesar de su época, á pesar de los espectáculos vergonzosos que tenían que contemplar á todas horas en las personas á quien la naturaleza y el deber las obligaba á mirar con mayor respeto y más íntimo cariño, nos ofrecen algunas figuras del siglo XVIII, en que el vicio pudrió casi todos los corazones, la mentira deshonró casi todos los entendimientos, y el odio satánico, por fin, estalló en crímenes tan espantosos como el género humano no los conoció antes, ni parece posible que los conozca después, ni jamás en toda la extensión de los tiempos.

Sí, en aquel siglo XVIII, que empieza con las fiestas paganas de Versalles, donde los dioses y las diosas de la voluptuosidad y del placer habían recobrado su perdido Olimpo, y acaba con las fiestas horrendas de las calceteras, que, al seco y fúnebre golpe de la incansable guillotina, van contando las cabezas que caen, para aplacar á un tiempo la sed de sangre que devora á un populacho ciego y brutal, y á la irritada justicia de Dios, harta de sufrir agravios; en aquel siglo de la Regencia y de Voltaire; en aquellos palacios convertidos en escenarios deslumbradores de la vida sensual y de la pasión ardiente, que se arroja con ansia á los manantiales del placer para agotarlos en un sorbo infinito; en aquel siglo, señores, y dentro del palacio real, manchado con la presencia de impúdicas cortesanas, se oye también el aleteo de los ángeles, el rumor divino de las oraciones que murmuran labios purísimos y virginales, y se percibe el aroma delicioso de la virtud heróica flotando sobre el espeso vaho del vicio, como el oxígeno, que da vida, flota sobre el ácido carbónico, que da la muerte.

Las mujeres livianas habían huído de la Real Cámara en

los últimos años de Luis XIV, y una mujer, cuyo nombre es su propia apología, Madama de Maintenon, apoderándose del alma del gran Rey con el encanto de sus virtudes, con la sugestión irresistible de una inteligencia maciza y diáfana, tanto más amable cuanto que parecía desconocerse á sí misma, devuelve al Trono que ella no quiso ocupar nunca la majestad moral perdida, al regio hogar el orden quebrantado, á la conciencia del Monarca la tranquilidad del arrepentimiento, y á los pueblos escandalizados el respeto debido á la corona de San Luis.

El desinterés, la caridad, la abnegación cristiana de aquella mujer admirable, purifican la atmósfera de los palacios reales, donde no se había oído más voz que la de Fenelón, el gran Obispo, que supo decir á Luis XIV, en una carta más gloriosa para su autor que las mejores páginas del *Telémaco*, lo que hoy no se atrevería nadie á decir al más insignificante de los ministros de nuestro tiempo.

Pero aquella purificación fué pasajera. Muerto el Rey y recluída voluntariamente su esposa en la casa de *Hijas de Saint-Cyr*, que ella había fundado, vuelve con más fuerza el oleaje de la corrupción á invadir los salones de Trianon y los bosques de Versalles: saltan de nuevo las divinidades paganas del fondo de los estanques; de la verde espesura de los jardines, ofreciendo en copas de oro la embriaguez del deleite, y estimulando los sentidos con todos los refinamientos del lujo y del arte, que no son expresiones nobles de la belleza, sino aperitivos groseros de la sensualidad.

Pasan, entre nubes de bacantes, las orgías de la Regencia, ilustradas enfáticamente con la cooperación de filósofos sin Dios y de literatos sin decoro, y llega á su mayor edad el Rey Luis XV....., y cuando el Rey llega á la mayor edad, el impudor llega al mayor escándalo.

Seamos misericordiosos, sin embargo, con los Príncipes que, nacidos en la magnificencia y el poder, rodeados de todas las seducciones de la hermosura y el ingenio, adula-

dos por el descreimiento servil que así estimula la tiranía de los imbéciles como conspira por la libertad de los malvados, no tienen fuerzas para resistir la tentación, pero conservando la fe en su alma de cristianos, saben morir como tales, pidiendo perdón á todos, doliéndose de sus pecados..... y entreviendo quizá sobre la cabeza de sus inocentes nietos, la cuchilla vengadora que ha de segarla en el patíbulo.

Seamos misericordiosos con ellos, y fijemos nuestra vista en las blancas apariciones de ángeles que, bajo forma de mujer, vagan tristes y silenciosas por las más solitarias galerías de la morada regia.

Hay una esposa y una madre modelo: una esposa que recoge en su corazón las amarguras de una infidelidad constante é inmerecida, y que las ofrece á Dios, sin exhalar una queja, como una de las pruebas más duras de su existencia, y una madre que no tiene otro afán que el de apartar de la vista de sus hijos los ejemplos abominables de la Corte, y guiarlos por la senda del bien, como entre escollos y tempestades guía hábil piloto la nave confiada á su experiencia y su valor. Esa esposa, esa madre en quien pueden mirarse todas las madres y las esposas de la tierra, es la Reina María Leczinska..... Reina, no de los salones, no de las fiestas de Versalles, no del lujo que desbordaba en la Corte como natural ostentación del vicio, como eruptiva fiebre, propia de todas las sociedades corrompidas, sino Reina de los pobres. Regateaba el precio de un vestido, que era muy de su agrado, y por fin resuelve quedarse sin él, diciendo: «Es demasiado caro; yo tengo muchos vesidos, y mis pobres carecen de camisa».

Ellos, los pobres, formaban su Corte; contraste singular con la del Rey, en que no se veían sino hombres sin fe y mujeres sin pudor.

Se había impuesto la obligación de no negarles jamás la limosna á aquellos cortesanos suyos que la seguían por donde quiera, como á Cristo por los campos de Palestina, y

cuando alguien le llamaba la atención sobre tan grande exceso de liberalidad, contestaba: «Si yo niego la limosna á estos pobres que piden públicamente, todos se creerán dispensados de dársela; y entonces, ¿qué será de estos desgraciados?»

Podían aproximarse á ella siempre. Los ambiciosos é intrigantes encontraban algunas dificultades para hablar á la Reina; los pobres no encontraban ninguna. Para ellos, á toda hora había audiencia. ¿Sabéis cómo los llamaban? *El Regimiento de la Reina.* ¡Qué título tan hermoso! Vale más que el de coroneles honorarios de cualquier regimiento efectivo, con que se suelen obsequiar respectivamente los Príncipes y Reyes de nuestro tiempo.

Visitaba á los enfermos, pero no haciendo visitas de médico, sino de enfermera. Los servía con sus propias manos; les ayudaba á vestirse y á calzarse; probaba sus alimentos, y cuando alguno se hallaba en trance desesperado, le consolaba con reflexiones tan verdaderas, tan hondas y tan admirables como éstas: «Hijos míos, siendo como soy la Reina, me veré algún día enferma y moribunda como vosotros. La sentencia parece dura á la naturaleza, pero nosotros la dulcificaremos con nuestra sumisión y con el pensamiento de que ha sido dada contra nuestros pecados, por un Dios que es siempre nuestro padre».

Decidme, señores, si cuando una Reina reconoce, en la cabecera de un moribundo, esa terrible igualdad ante la muerte, que es el mayor consuelo de los desgraciados y la más grande humillación de los felices y poderosos, puede haber un alma que permanezca indiferente á sus exhortaciones, y que no exclame como uno de los enfermos á quien ella axistía: «Dios mío, nada me detiene ya en la tierra; yo acepto voluntariamente la muerte, después de haber tenido la dicha de ser tan bien exhortado á ella por nuestra santa Reina».

Reinas apóstoles, que van secando lágrimas por el

mundo y enviando almas purificadas al cielo, si son orgullo de su raza, ornamento de la Iglesia, honor de las Monarquías y ángeles tutelares de todos los infortunios, son también, ¿cómo no habían de serlo?, tallos de otras flores que embalsaman el ambiente infecto de los palacios y que hacen que los Tronos escarnecidos, deshonrados, volcados una y otra vez por los furores de la revolución, se levanten de nuevo ó aparezcan como esperanza de orden y de gloria aun en épocas inquietas, en que sólo se tiene respeto á la soberanía de las turbas desgreñadas.

Flores de aquel tallo fueron todos los hijos de María Leczinska: el Delfín, padre de Luis XVI, el mejor, el más ilustrado, el más hábil, el más perfecto de los Príncipes de la casa de Francia desde San Luis acá, y que por inescrutables designios de la Providencia fué arrebatado á la vida, sin duda para que Francia no dejara de purgar sus crímenes, los suyos y los de sus Reyes, que todos por igual merecían el castigo.....; Enriqueta, la mayor de sus hijas, heredera de la caridad inagotable de la madre y de su modestia angelical, también muerta en lo más florido de la juventud; y, por último, Luisa María, la hija menor, el lirio de la santidad que crece y se desarrolla entre el cieno de la Corte, como si este cieno fuese el abono que daba á la planta mayor lozanía y más hermosura á la flor de aquellos valles de la lubricidad y el desenfreno.

Luisa María de Francia en el palacio de Luis XV..... Sor Teresa de San Agustín en la Orden Carmelita..... Pronto, quizá, Santa Luisa de Borbón en los altares de la Iglesia..... He ahí, señores, la figura luminosa que quiero presentar á vuestros ojos como remate y coronamiento del ligero esbozo que he trazado de las mujeres ilustres cuya virtud ha florecido en las más altas y peligrosas cimas de la grandeza humana: en los palacios de los Reyes.

Mientras la mayor parte de sus hermanos iban á recibir en el cielo la recompensa de su piedad y de su fe, conser-

vada en medio de las corrupciones de su tiempo y de su propia casa, Luisa María quedaba en la tierra para desempeñar, sin duda, la misión más hermosa que Dios pudo confiar á una hija cristiana: la salvación eterna de su padre.

¡Ah! señores, muchas veces cuando leía el relato de los últimos momentos de Luís XV, tan solemnes y tan admirables por su ejemplaridad, como por sus escándalos había sido digna de execración su vida, me preguntaba yo, cómo pudo otorgarse muerte tan consoladora á un Rey tan vicioso, mientras tantos cristianos fervientes, aunque pecadores vulgares, mueren de pronto, quizá sin Sacramentos, con la rápida absolución condicional de un sacerdote llamado á toda prisa, no tan á prisa como la muerte ha llamado á las puertas de aquel hombre. ¿Por qué—añadía yo—tanta misericordia con el Rey, *bien querido* en sus primeros años, mal querido y despreciado después, y tanta severidad para otros cristianos mejores que él?

Conocí más tarde la vida de Luísa María, y ella me dió la contestación á mis preguntas. Ella fué la que salvó á su padre.

Bajo las alas maternales de María Leczinska, la inteligencia viva y penetrante de la Princesa y su nobilísimo corazón habían de hallar ancho campo donde espaciarse sin que á la túnica del ángel salpicase ni una gota siquiera del lodo que por todas partes la cercaba. Su vigilante madre había puesto una muralla de personas discretas y virtuosas entre el mundo y sus hijos..... ¡Benditas las Reinas que saben ser madres cristianas!..... A una de aquellas personas le dijo en cierta ocasión la niña Luisa María, creyéndose ofendida por una palabra algo dura: «¿No soy hija de vuestro Rey?» «Y yo, señora, respondió fríamente aquella mujer, ¿no soy hija de vuestro Dios?»

A esta contestación arrogante, que sólo puede salir de labios que han bebido las aguas vivas y puras del cristianismo, la Princesa, que llevaba en su pecho el germen de

la humildad, repuso inmediatamente: «Decís bien; yo soy la que os ha ofendido, y os pido perdón por ello».

Desde entonces no desmintió ni un solo momento su vocación de hija del cielo, que era bastante más que ser hija del Rey.

Todas sus ideas, todos sus pensamientos, la vida entera de su espíritu, se habían concentrado de tal modo en el amor y servicio de Dios, que indudablemente no tenía noción siquiera de ningún pecado grave, como lo demuestra el siguiente hecho que refiere uno de sus biógrafos:

Debiendo prepararse para la primera comunión, quiso hacerlo del modo más perfecto posible, á cuyo fin escribió *su confesión general.*

Juzgó sin duda la angelical princesa que había allí algo muy importante, porque en vez de comunicársela directamente al sacerdote, quiso consultarla antes con su maestra. Empezó á leer la lista de sus pecados, y al llegar á uno dudó y pasó á otro. Le llamó esto la atención á la maestra, y hubo de preguntarle por qué había dejado de leer aquel renglón.

La niña, toda confusa y avergonzada, no se atrevía á decirlo; hasta que al fin, apremiada por las instancias de la profesora, que estaba segura del candor de su egregia discípula, leyó esta terrible confesión: «Me acuso de haber deseado, por vanidad, haber nacido turca».

Sorprendióle á la maestra tan extraña ocurrencia, y no adivinando en qué podía consistir el pecado de vanidad en relación con aquel deseo, le pidió que se lo explicara, y ella contestó: «Es que me figuro que no debe haber placer mayor, que abjurar públicamente el culto de Mahoma para abrazar la fe de Jesucristo».

La profesora, entonces, le replicó que si su celo por la religión y su amor á Dios eran tan grandes, no necesitaba ser turca para hacer una abjuración no menos meritoria: la abjuración de las máximas y de la conducta que se observaban en la Corte.

Fué esto como una revelación para aquel espíritu lleno de las gracias divinas.

Peor que haber nacido turca era haber nacido en unos tiempos y en una Corte en que las costumbres musulmánicas formaban escandaloso contraste con la religión, toda santidad y pureza, que oficialmente profesaban Reyes y súbditos, nobles y plebeyos.

Abjurar, á la faz de todas aquellas magnificencias y lubricidades, las máximas y la conducta de los palacios del Rey y de la más alta sociedad francesa, era un acto de valor más heróico que abandonar el Corán por el Evangelio.

Ser todo espíritu en un mundo que era todo carne; buscar la mortificación en medio de unas gentes que no se veían nunca hartas del placer; ir al apartamiento y á la soledad desde el bullicio de las grandes fiestas, el delirio de los grandes bailes y la embriaguez de las grandes orgías; trocar los espléndidos trajes y los muebles suntuosos de Luis XV por el burdo sayal del penitente y la dura cama de una celda, con una mesa de pino y una silla de paja; renunciar para siempre los manjares exquisitos que preparaban cocineros educados en la escuela del famoso y ridículo suicida Vatel y alimentarse en cambio con legumbres y pescados ordinarios, y no abundantes, eso era más, en efecto, que abjurar el mahometismo para abrazar la fe cristiana.

Así lo comprendió la Princesa María Luisa, y desde aquel instante hizo propósito firme de dejar el mundo y retirarse á un convento de la Reformadora del Carmelo, el más austero que existía en Francia.

A su piadosa imaginación se ofreció la radiante figura de Santa Teresa de Jesús; postróse ante ella, pidiéndola que la alcanzase la gracia de ser una de sus hijas más perfectas, «á pesar de su delicada salud, de su complexión débil y de su indignidad»; vistióse secretamente de tosco sayal carmelitano, con la mira de ver si podía resistir su cuerpo

la aspereza del hábito monjil; estudió con afán la regla de la Orden y ejercitóse en la práctica de sus artículos más penosos; y persuadida de que tenía fuerza para la abjuración sublime de los placeres del mundo y la absoluta donación de todo su ser á los sacrificios de la vida espiritual, comenzó, en la misma Corte, en el foco mismo de las concupiscencias desbordadas, á vivir como carmelita..... Lámpara de oro que brillaba con luz tranquila y suave y blanca enmedio del espeso vapor que en torno de ella levantaban las pasiones humanas.....

Oponíase el Rey, su padre, á que el ángel fuese á ocupar su puesto al pie del santuario. Pero la voluntad de los santos está regida por la voluntad de Dios, y contra esto no vale todo el poder de los Reyes, ni toda la autoridad de los padres. Era Dios quien llamaba á aquel corazón para sí, y y el Rey cedió, sin conocer entonces cuán grande era la misericordia divina, que una vez más aceptaba la mortificación del inocente en beneficio del culpable.

Tomando el nombre de Sor Teresa de San Agustín, hizo sus primeros votos la Princesa Luisa María de Francia en el convento de carmelitas, junto á San Dionisio.

La casta paloma de los *cantares* había encontrado su nido. Respiró ambiente de paz y de pureza. Los rumores del mundo, el oleaje del escándalo, se apagaban á la puerta de la santa casa, como el agua tumultuosa de los mares muere callada y mansamente en la menuda arena de la playa.

Dos días después fueron á visitarla sus hermanos. Aun siendo ellos tan ejemplares, al ver á María con los pies desnudos y con la grosera tela de lana que cubría su regio cuerpo, no pudieron contener las lágrimas y se arrojaron á su cuello sollozando, y haciendo llorar á cuantos presenciaban tan tierno espectáculo: «¿Por qué lloráis?—preguntó ella sonriendo.—¿Es porque envidiáis acaso la felicidad de que yo gozo?»

¡Ah! Sí; era una felicidad verdadera. Daba de ella testimonio en cada una de sus cartas: «Todo respira aquí la alegría del cielo», decía en una de ellas. «¿Te has enternecido, decía en otra, al oir la descripción de mi lecho? Pues yo te aseguro que nó soy digna de lástima, me encuentro tan bien en él, que hoy mismo he dormido ocho horas. ¿Qué vale todo esto, cuando se piensa en lo que Jesucristo hizo por nosotros? Por lo demás, lo digo para vergüenza mía, mientras todos se edifican al verme en mi jergón de paja, yo me hallo en él con tanta comodidad como si estubiera en un lecho de plumas.»

Su condición de Princesa no la eximía de ninguna de las pruebas del noviciado. Y su voluntad era en esto tan diligente, que se adelantaba á los quehaceres más groseros y serviles para ahorrar el trabajo á sus compañeras; y si alguna de éstas reclamaba su tarea propia, la Princesa se echaba á sus pies, le besaba la mano y á fuerza de instancias conseguía que le permitiese acabar la obra comenzada. Con estas admirables disposiciones, con esta preparación en que se ejercitaba el uso de sus grandes virtudes, llegó el día apetecido y feliz de los votos solemnes.

¡Solemnes más que nunca! El Papa, por medio de su Nuncio, presidió la ceremonia..... La Delfina, María Antonieta, le ofreció el velo y el hábito religioso, que Luisa María recibió de rodillas, y regándolos con lágrimas de ternura....., lágrimas contagiosas que corrieron por todas las mejillas, y á las cuales unió las suyas el pueblo de París cuando el toque de las campanas le anunció que la hija de su Rey había muerto definitivamente para el mundo.

Pero, al fin, lágrimas dulces y piadosas, no lágrimas de sangre, como las que había de derramar años después la infeliz María Antonieta, allí presente; no lágrimas amargas, como las que los abortos de la Revolución habían de arrancar al Pontificado, que allí bendecía á una santa Princesa divorciada de su propio rango..... ¡Ah! Si la casa de

Francia, si la Iglesia, si el pueblo de París no hubieran derramado más lágrimas que aquéllas, ó si la abjuración de la Princesa hubiese bastado para aplacar la ira de Dios, la Historia no contaría entre la más abominable de sus fechas sangrientas la de 1793.....

Pero entre Dios y Luisa María de Francia se había establecido otro pacto sublime. Ella no sabía lo que iba á ser del Trono ni de la Patria: ella sólo veía los extravíos de su padre: ella temblaba por la perdición de aquella alma: y ella se ofreció á Dios en sacrificio de expiación para que su padre se salvara..... A él mismo se lo indicó un día con la más exquisita delicadeza. «¿Cómo encuentras tanto bien en una vida tan austera?», le preguntaba el Rey. «Me encuentro, padre mío, en el colmo de la felicidad; y además el pensamiento de que estoy aquí para mi salvación y la de todos aquellos que yo amo, es tan consolador, que no me admiro de haberme curado de todos mis males.»

Dios aceptó el sacrificio de la hija, y cuando la enfermedad variolosa le hizo comprender al Rey que había llegado el último instante de su vida, se apresuró á pedir los Sacramentos, y con tal fervor los recibió y tales fueron las muestras de humildad y de dolor de que hizo pública ostentación en aquella hora decisiva, que la hija debió sentir la felicidad de los grandes anhelos cumplidos, cuando supo que el Rey había muerto como un verdadero cristiano, pidiendo perdón á todos por los escándalos que había dado á su pueblo.

Dios miró con ojos de misericordia al pecador para recompensar al inocente: y el inocente, que había puesto sus esperanzas en Dios, ofreciéndose en holocausto por el pecador, hizo de la gratitud nuevo estímulo para la perfección, y ya toda su vida no fué sino una marcha ascendente por el camino de la santidad.

Misterios del espíritu, magnificencias de la virtud excelsa, que en la renuncia de todos los bienes caducos halla el

escabel para subir á la cumbre de las eternas colinas y recrearse en las delicias del infinito: desprecio de los fulgores brillantes de la cuna y de los derechos del principado para saborear en la humillación y en la servidumbre voluntaria los goces de un amor que los sentidos ignoran, pero que enardecen el alma en el fuego sacrosanto de la caridad.....: he ahí lo que hoy se quiere desconocer, lo que hoy es objeto del insulto grosero y de la calumnia inícua, y por eso hoy, señores, hoy en nombre de una libertad escarnecida y de una República falsificada, se hubiera arrojado tal vez del claustro á aquella angelical Princesa, no por hija de Reyes, sino por esposa de Jesucristo; no por brillar en los Palacios de oro, sino por ocultarse en la oscuridad de una celda; no por insultar á la pobreza con el relampagueo de sus joyas y el crujir de sus sedas y brocados, sino por vestir su cuerpo regio con un sayal y darle por todo lecho un jergón de paja..... Sí: por esos crímenes horrendos, los hijos de la Revolución que derramaron la misma sangre de Luisa María en la persona de Luis XVI, porque era sangre de Rey, ahora expulsarían á una Princesa, no por llevar sangre de Reyes en sus venas, sino por llevar hábito de religiosa sobre sus hombros.

¡Qué lógica y qué sinceridad la de esos hombres! Hablan de igualdad, de democracia, de derecho de los proletarios, y persiguen á las Ordenes monásticas....., á esas Órdenes que dan ejemplos como éste, en que una joven nacida al pie del Trono huye de todas las grandezas de la tierra para buscar las grandezas del cielo; hace de la pobreza el único tesoro de la vida; de la humildad, el adorno del alma; de la mortificación, el placer más sabroso; de la esclavitud de los sentidos, la garantía de la libertad de su espíritu, y abandonando todo lo que el mundo alaba, ensalza, adula, aplaude y adora, se va por la áspera senda del Carmelo al lugar apartado y misterioso donde el arrepentimiento halla perdón, las aflicciones alivio, las amarguras esperanza, la se-

quedad amor, y las tormentas que agitan el corazón de los mortales, la paz de las tardes serenas y de los cielos tranquilos.....

Estos crímenes son los que no perdonan hoy aquellos que ayer no perdonaron á la Monarquía la desgracia de llevar una corona elaborada por los síglos y ungida por la Iglesia...

¡Ah, señores! Cuando se ven almas escogidas como la de Luisa María de Francia, que se desposa con la cruz y abraza voluntariamente la estrechez y la humildad que tanto horror infunde á los que quizá no han conocido otra cosa, debemos dar gracias á Dios porque nos ha hecho de la raza humana que es capaz de tales heroismos. Pero cuando volvemos la vista á esos que, con las palabras de libertad y democracia en los labios, quisieran borrar del mundo las virtudes divinas que florecen en los claustros, y dicen que esto lo exige la cultura, que esto lo reclama el espíritu progresivo de los tiempos, que esto se necesita para no sé qué renovación de las sociedades modernas..... ¡ah, señores!..... perdonadme que os lo diga: dan ganas de renegar de la humanidad.

He concluído, señores, y sólo me resta suplicaros que olvide vuestra bondad la pobreza de mi discurso, siquiera por la satisfacción que seguramente tendréis al recordar en estos tiempos de odio de clases, de lucha feroz contra todo lo que se levanta sobre el nivel ordinario, que los palacios reales han sido con mucha frecuencia templos de la virtud; y esto que por dicha nuestra lo sabemos también todos nosotros como testigos presenciales, esto se ha debido siempre á la influencia de la mujer cristiana, la cual, teniendo como dechado perfecto á la Madre de Dios, sabe también, á semejanza de Ella, reunir los encantos de la virgen á las ternuras de la maternidad: que hasta en el claustro mismo las vírgenes reciben el nombre de madres, y es porque si allí las entrañas son estériles para la vida, el corazón, en cambio, es fecundo para el amor.

ASOCIACION DE CONFERENCIAS

LA MUJER MUSULMANA
EN
ESPAÑA

POR

D. LUIS GONZALVO

MADRID
TIP. DE LA REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS
Infantas, 42, bajo izq.
1906

LA MUJER MUSULMANA EN ESPAÑA

Conferencia pronunciada el lunes 4 de Abril de 1904

POR

LUIS GONZALVO,

DEL ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL

SUMARIO

Mahoma y el Alcorán.
El matrimonio en el Derecho maliquí.
Cultura de la mujer hispano-musulmana.
Reseña de algunas de las más ilustres:
Tarub.
Aurora.
Aiexa.
Ualada.
Romaiquia.
Conclusión.

LA MUJER MUSULMANA EN ESPAÑA

Señoras:

Al dirigiros la palabra, debo comenzar encomendándome á toda vuestra indulgencia. Yo no soy más que un principiante en los estudios arábigos, á que me llevaron mis aficiones. No puedo hacer gala de vasta erudición, como los hombres ilustres que me han precedido ante vosotras en el uso de la palabra; no puedo como ellos vestir las ideas con el grato ropaje de la elocuencia, que instruye deleitando, y por esto no es extraño que al disfrutar la honra inmerecida de hablaros desde este sitio, el placer que experimento se vea conturbado por insuperable emoción, mezcla de rubor y miedo, que no puedo menos de considerar como previo castigo para el que, deslumbrado por lo que tiene de halagüeña, acometió una empresa superior á sus facultades.

Hace dos semanas que D. Eduardo Saavedra, con frase castiza y pletórica de doctrina, os presentó una magistral semblanza de la mujer mozárabe española, historiando su fe y sus virtudes, su abnegación y su calvario.

Mi indocta y torpe palabra solicita hoy vuestra atención hacia la mujer musulmana en España, es decir, hacia aquélla que viviendo como la mozárabe entre los mahometa-

nos, lejos de ser perseguida y martirizada, compartió con ellos hogar, religión, costumbres y cultura.

Por vía de exordio debo advertiros que ni pretendo agotar la materia histórica, ni generalizar las enseñanzas que se desprenden de los hechos, con tal perfección, que podáis contemplar, en acabado cuadro, el valor respectivo de cuantas circunstancias físicas, étnicas é históricas han determinado la condición social y el desarrollo psicológico de las mulsumanas españolas. Sólo aspiro á desvanecer con un poco de historia algunos falsos juicios, que enlazados con poéticas leyendas y absurdas consejas, y nacidos generalmente del afán de explicar hechos mal conocidos ó poco meditados, gozan todavía más crédito del que merecen.

Dos palabras acerca de Mahoma y del Alcorán, una somera recapitulación de lo que en las leyes musulmanas concierne á la mujer en el matrimonio, y una rápida ojeada á través de los ocho siglos en que España ha visto ondear, frente á la cruz, el estandarte del islam; he aquí el elenco de una materia, demasiado vasta quizá, para que mi pobre ingenio sepa reducirla discretamente á los límites de una conferencia.

A la aparición de Mahoma, la situación de la mujer entre los árabes, era por demás precaria y humillante. Entre aquellas tribus nómadas, comerciantes y batalladoras, la mujer era un costoso estorbo y una presa posible á la rapacidad de las tribus enemigas. El nacimiento de una hija se recibía con tan general desagrado, que la mayor parte de las hembras que nacían era sacrificada inmediatamente. La escasez de mujeres, que esta bárbara costumbre hubo de producir, acarreó á su vez otros males; al lado de la poligamia, ilimitada para los ricos, apareció, como gangrena de las clases populares, la unión de una mujer con varios varones, es decir, la poliandria.

Esto basta para comprender cuán despectiva era la consideración social del sexo femenino, pese al insólito brillo de alguna inspirada poetisa cuyas estrofas eran verdaderos cantos de guerra encaminados á enardecer los impulsos belicosos, siempre prontos á despertar en aquellos turbulentos guerreros.

La obra de Mahoma, destinada á triunfar rápidamente, no podía, como la de Jesucristo, modelar ideales de un porvenir muy remoto. Los elementos circundantes cristianos, judíos é idólatras, acomodados al carácter y necesidades del pueblo árabe, fueron las fuentes de su predicación, que si no marca un salto de gigante, representa un paso relativo hacia el progreso. La mujer resultó protegida en lo que permitían las circunstancias. El Alcorán condena la poliandria, limita la poligamia, prohibiendo más de cuatro esposas legítimas, entorpece la libertad desenfrenada que antes gozaban los árabes para repudiar á sus mujeres é instituye un título de prioridad en las herencias para el sexo femenino, que estaba excluído de todo derecho sucesorio.

Mahoma no pudo hacer más. La poligamia de los musulmanes no es efecto, sino causa del precepto religioso; la llevan en la masa de la sangre y hubieran violado la ley que les obligara á ser monógamos, como han sabido eludir las trabas que el profeta estableció contra el derecho de repudiar. Si esto no fuera así, no se daría el ejemplo de algunos pueblos beréberes que, sometidos al islam, no sólo han creado al sexo débil una posición respetable y respetada, sino que convencidos de que la promiscuidad de sus correligionarios es una abominable flaqueza, practican la monogamia con tan escrupulosa honestidad, que pudieran ser modelo de conducta recomendable á algunos maridos en la culta Europa.

Menos se puede hacer responsable á Mahoma de la reclusión femenina en el harem. En todo el Alcorán no hay un versículo que ordene encerrar ni velar las mujeres;

Mahoma se limitó á prescribirlo para sus propias esposas, y esto lo hizo á título honorífico, aunque en realidad impulsado por sus desconfianzas conyugales. Si luego se generalizó la costumbre de ocultar la mujer entre velos y paredes, debemos atribuirlo á la pasión de los celos, característica quizá de los semitas y desarrollada necesariamente con los naturales sobresaltos que acarrea la poligamia; y así se explica que entre los mismos pueblos de que os hablaba hace un momento, la mujer entre y salga libremente y con la cara descubierta, sin que nadie la moleste ni se escandalice.

Aun entre el resto de los musulmanes, la claustración femenina no ha sido tan general y absoluta como se supone, y no sé por qué nos admiramos tanto de ella, cuando en un pueblo como Grecia, amante de las libertades civiles, la mujer vivía encerrada en el gineceo, dándose el caso de que el nombre de la célebre Safo fuera manchado con vergonzosa leyenda por los jonios, incapaces de comprender que una mujer honesta gozara de la libertad personal necesaria para adquirirse un renombre literario.

Mahoma no estableció más dogma que la unidad de Dios: no fundó un sistema teológico ni instituyó un pontificado encargado de definir la fe. Las anfibologías y contradicciones de su libro dejan ancho campo á los derroteros de la conciencia humana. Bosquejando apenas un sistema de moral pretende dar por revelación las fuentes del Derecho, que nace petrificado, adherido inquebrantablemente á la religión é incodificable. Los legistas sólo pudieron aplicarse á especificar y comentar los preceptos del Alcorán y las tradiciones orales de Mahoma, dando vida á una legislación, ó más bien á una jurisprudencia, artificiosa, retorcida y susceptible á todo género de interpretaciones capciosas, que ateniéndose á la letra puedan burlar el espíritu de la ley.

Dentro de las doctrinas ortodoxas, nacieron pronto cua-

tro escuelas religiosas y jurídicas; fundada una de ellas por el doctor medinés Málic, alcanzó gran prestigio, y en España fué la que rigió casi exclusivamente, por lo cual extracto de un compilador perteneciente á este rito las noticias que voy á daros sobre el matrimonio según el derecho musulmán (1).

Ni la iglesia ni la sociedad intervienen en el matrimonio para dar al consentimiento de las partes una sanción divina ó humana. Es un vínculo puramente civil que se contrae por el consentimiento de la voluntad, y de la misma manera se relaja.

Los esposos no ponen en común más que sus personas; sus bienes permanecen distintos y administrados libre é independientemente por cada uno de los cónyuges. Fuera de la obligación que tiene la mujer de guardar fidelidad á su esposo, y hasta de evitar que su presencia pueda despertar ajenos apetitos, todos sus derechos y capacidades civiles quedan á salvo de cualquier acción marital. Puede deponer en justicia, disponer de sus bienes, contraer compromisos, testar, aceptar un donativo ó legado aun contra la voluntad de su esposo, y hasta pleitear contra éste.

La demanda, primer trámite del matrimonio, constituye en general un verdadero riesgo aleatorio para el pretendiente, que incapacitado para ver á la interesada, tiene que formular su petición guiado nada más por los informes que puede procurarse.

Aceptada la demanda, la realización del contrato requiere ciertas condiciones de validez.

La primera es el consentimiento; pero no pudiendo la mujer soltera disponer de su persona, es su padre ó tutor quien ha de otorgarlo. Uno y otro pueden, aunque con

---

(1) Véase Zeys. *Traité élémentaire de Droit musulman algérien*. Alger. 1886.

ciertas restricciones, ejercer coacción sobre la soltera para obligarla á contraer matrimonio.

Otro requisito es la ausencia de impedimentos. De los catorce que establece el derecho maliquí, hay algunos que afectan especialmente á la mujer; así, un musulmán puede contraer matrimonio con una mujer de cualquiera de las religiones que tienen libro revelado; una musulmana sólo puede casarse con un musulmán.

El embarazo y el retiro temporal á que está sujeta la mujer viuda ó repudiada, son dos impedimentos transitorios encaminados á evitar la mezcla de sangres.

En cambio, la mujer puede crear en el contrato un impedimento para cualquier otro enlace de su marido, ejercitando la facultad de imponerle la monogamia mientras dure su unión.

La dote, quizá el más curioso requisito del contrato matrimonial, constituye á éste en un verdadero contrato de compra-venta. La mujer entrega su persona; el marido la dote, de la que al menos una parte debe ser abonada en el momento del contrato, y percibida por el padre ó derechohabiente de la mujer, quien sometida á la tutela hasta la consumación del matrimonio, sólo entonces puede reclamar dicha parte; si el marido no hubiera satisfecho ese primer plazo, la mujer puede negarse á hacer entrega de su persona mientras no se solvente la deuda. El resto de la dote ha de ser abonado directamente á la mujer en un plazo de veinte años.

La naturaleza de las obligaciones conyugales está determinada legalmente por la necesidad de buscar un refugio contra las tentaciones pecaminosas y el deseo de fundar una familia; ambos cónyuges han de prestarse á este doble fin y tienen igual derecho á reclamar contra su incumplimiento.

La esposa musulmana tiene obligación de residir en el domicilio conyugal y derecho á una habitación aparte de

sus compañeras, disposición encaminada á templar en lo posible las rivalidades de cuatro mujeres, que obligadas á repartirse un solo marido, no deben de sentir mutuamente grandes simpatías, como muestran hoy en Africa, designándose unas á otras con el expresivo nombre de «mi perjuicio»..

El marido debe suministrar á su mujer alimentos y vestidos, según las circunstancias, y sufragar el gasto de una sirvienta cuando su posición económica lo permite, y lo requiere la condición social de la esposa.

Esta puede recibir y devolver las visitas de sus padres, y, en general, las de aquellos parientes con quienes no hubiera podido legalmente contraer matrimonio, siempre que estas personas merezcan por su honestidad la confianza del marido.

Cuando la fortuna de los esposos es tan modesta que no les permite mantener servidores, la mujer está sujeta á los trabajos interiores del domicilio conyugal. Debe amasar el pan, barrer la casa ó la tienda, arreglar la cama y preparar la comida. En cambio nunca debe ser obligada á hilar, tejer ni coser; por más que en Marruecos, Argelia y probablemente en el resto de los países musulmanes, pocas serán las mujeres de las clases inferiores que se substraigan actualmente á estas ocupaciones, y aun á otras más penosas é ilegales.

Respecto de los hijos, tiene también la mujer musulmana determinados deberes y derechos. Entre las clases bajas está obligada á amamantar á sus hijos durante dos años; entre las pudientes, el padre está obligado á sostener una nodriza, que puede ser la misma esposa, percibiendo el salario correspondiente.

Aunque el padre es el tutor por excelencia de sus hijos, corresponden á la madre ciertas funciones de tutela; entre ellas figuran los cuidados físicos durante la infancia, alimentos, vestidos, higiene, etc., y la facultad de interponer

su veto cuando el padre pretendiera ejercer coacción sobre una hija para imponerle un matrimonio desventajoso.

Para poder ejercer estas funciones la mujer ha de poseer espíritu sano, edad media, salud firme é irreprochables costumbres; no ha de contraer otro matrimonio, ha de residir en un lugar seguro y no se ha de alejar más de 28 ó 30 kilómetros del punto donde habite el tutor, que asume la alta inspección sobre el desempeño de la tutela materna.

No siendo el matrimonio más que un contrato consensual, lleva aparejada la existencia del divorcio, que puede ser entablado por consentimiento mutuo ó por consentimiento unilateral de cualquiera de los cónyuges, pero con notables diferencias, según lo pretenda el varón ó la hembra.

Si la acción rescisoria parte del primero, el matrimonio se disuelve sin ninguna actuación judicial. La ley no pone cortapisa á la injusticia ó el capricho del marido. Basta que éste exprese la voluntad de repudiar á su mujer, y el vínculo está roto.

Si la que pretende el divorcio es la esposa, necesita de la asistencia del juez para completar su personalidad jurídica y es preciso que sus quejas estén fundadas en serios agravios.

La ley musulmana distingue varias clases de divorcio, pero sólo os hablaré de las dos más interesantes. El llamado *jola,* que según la definición de Sidi Jalil, es la repudiación consentida por el marido mediante un rescate ofrecido por la mujer, disuelve el vínculo de un modo tan irrevocable, que convertidos los esposos en dos extraños, están sujetos si quieren reunirse, á todos los trámites de un nuevo matrimonio. El *talak,* ó verdadera repudiación, es la fórmula jurídica pronunciada por el marido y por cuya virtud se rompen las relaciones conyugales. Pronunciada tres veces, impide la reconciliación de los cónyuges hasta que la mujer quede viuda ó repudiada de un segundo marido.

Con objeto de evitar que el lazo nupcial se rompiera á la sombra de pasajeras rencillas, dispuso el profeta que para ser válida la repudiación, hubiera de repetirse tres veces con intervalos de un mes que habían de dar lugar á que el esposo reflexionara y pudiera revocar un acuerdo injusto decidido en un momento de exaltación. Pero si en un principio se cumplió el precepto, pronto se echó en olvido y la repudiación vino á surtir sus efectos inmediatamente.

Por este ligerísimo resumen del derecho femenino entre los musulmanes, puede juzgarse que la mujer en la familia y en la sociedad no desempeña sino un papel subalterno y humilde, pero que tampoco padece una situación tan aflictiva y desesperada como le atribuyen historias fementidas y leyendas disparatadas.

Y aun la ley no es la realidad, que sólo en la historia social podemos encontrar desnuda de interpretaciones inexactas y de exageraciones subjetivas. Hagamos, pues, una excursión á través de la historia hispana durante la dominación árabe, recojamos los preciosos datos que ofrece indubitables ese pasado, y comparando luego hechos y leyes que mútuamente se explican y aquilatan, podremos formular un juicio imparcial que gane en solidez lo que le falte en extensión, y ostente al menos el mérito negativo de estar descartado de prejuicios engañosos, de apreciaciones ajenas y de gratuitas hipótesis.

El primer período de la historia arábigo española, comprendido entre los años 711 y 756 en que el territorio conquistado constituye una provincia del califato de Damasco, está lleno por las discordias intestinas de los conquistadores. En primer término, la oposición radical de árabes y beréberes, hija de grandes diferencias en carácter, en aptitudes, en fervor religioso, y en tendencias políticas; en segundo lugar, las antiguas y enconadas escisiones entre las distin-

tas tribus árabes, que la unidad religiosa no logró nunca borrar. Todas estas luchas internas persisten flagrantes fomentando ambiciones personales y fraccionando de hecho la España musulmana, salvo en cortos períodos en que la mano férrea de un Abderrahman III ó de un Almanzor consigue, aunque pasajeramente, sujetar los odios de raza, de tribu y de clase.

En este crítico período de instalación, no es extraño que no hallemos nada interesante para nuestro objeto. Es necesario venir al siguiente, en que al advenimiento de los omeyas, la vida política y social entra en una fase de mayor normalidad. España se emancipa del califato de oriente, la dinastía fundada por Abderrahman I, goza un prestigio bastante general para sostenerse, aunque no sin luchas, contra díscolos y rebeldes, y un rápido florecimiento de ciencias, letras, artes é industrias, anuncia que pronto los musulmanes españoles han de estar á la cabeza de la civilización occidental.

El afán de saber se despierta con tal intensidad, que á pesar de que el Estado ni patrocina la enseñanza fundando universidades ni fomenta el estudio creando bibliotecas púb'icas, la enseñanza se desarrolla por sí misma. Si muchos sabios ejercen la pedagogía sin más galardón que el placer de difundir sus conocimientos, los que menos generosos ó más necesitados exigen retribución por su enseñanza, son igualmente solicitados por los ciudadanos pudientes, ansiosos de procurar á sus hijos el mayor y más escogido número de maestros.

Cada vez más complejos los cuadros didácticos, llegaron á comprender desde la instrucción primaria constituida principalmente por la lectura y escritura del libro sagrado y la gramática árabe, hasta la hermenéutica del Alcorán, las tradiciones que lo explican é ilustran, la filosofía, la jurisprudencia, la literatura, la medicina, la astronomía y todas las ramas derivadas de estas ciencias.

En este movimiento, intelectual pronto las mujeres comenzaron á tomar parte activa. Asistían como los muchachos á las cátedras de los grandes maestros y obtenían como ellos los títulos de suficiencia, que, no existiendo centros docentes oficiales, eran expedidos por los mismos preceptores.

Terminados sus estudios, unas se dedicaban á copiar libros para atender á su subsistencia, ocupación tan generalizada, que en un solo arrabal de Córdoba llegó á haber hasta ciento setenta mujeres dedicadas simultáneamente á la copia de alcoranes; otras transcribían los libros sagrados ó científicos por pura vocación y para formarse una biblioteca propia, como lo hacía la princesa Albahá hija de Abderrahman II.

Algunas llegaron á desempeñar en Palacio el cargo de secretaria, para el cual no sólo se requerían conocimientos caligráficos y gramaticales, sino verdadera cultura literaria, por el ampuloso y retórico cataglotismo que imperaba en la redacción de los documentos oficiales.

Muchas sobresalieron en el conocimiento de la Hermenéutica y en el de la ciencia de la Tradición, correspondiente hasta cierto punto á nuestra Teología patrística; de una esclava se cuenta que llegó á aprender el imponente número de diez mil tradiciones.

Entre otras que consagraron las lucubraciones de su ingenio al estudio de la Teología moral y el Derecho civil y canónico, una insigne cordobesa, llamada Fátima, mereció el dictado de alfaquí, propio de los esclarecidos varones que llegaban á encasillar en su cerebro todo el intrincado laberinto de las dos ciencias gemelas.

Pero donde la mujer arábigo-hispana halló terreno más apropiado para la expansión de sus tendencias y el desarrollo de sus aptitudes, fué en la poesía. Ni en corrección prosódica, ni en fluidez de dicción, ni en riqueza de imágenes, ceden las producciones femeninas á las de los más

célebres poetas, y es tan numeroso el catálogo de las poetisas, que un estudio detallado de todas ellas sería quizá materia suficiente para un libro.

Aunque cultivaron varios géneros, en ninguno sobresalen tanto como en el amatorio ó erótico y en el satírico; en el primero muestran algunas verdaderos arranques de apasionada inspiración, manchada por desgracia con las frecuentes libertades de lenguaje de que adolecían entonces las composiciones de casi todos los literatos. En la poesía satírica hacen resaltar una cáustica agudeza y una habilidad sorprendente para hallar en cosas y personas la nota burlesca y la cuerda del ridículo.

En fin, para que acabéis de formaros idea de las múltiples y variadas direcciones en que se ejercitaron las facultades de la mujer, os diré que ni las escabrosidades de la medicina, ni la responsabilidad del magisterio, ni las rigurosas austeridades de la vida ascética, ni las peligrosas contingencias de viajar por paises lejanos y desconocidos, arredraron los alientos de aquellas mujeres, que en constante vigilia del espíritu, se consagraban al estudio, ávidas de ilustración y de progreso, ansiosas de gloria, sedientas de aquella personalidad que en vano les pretendía arrebatar una legislación despótica y cobarde.

En la imposibilidad de hablaros de todas las mujeres que trasmitieron á la posteridad un nombre ilustre, debo al menos delinear los perfiles de algunas, que encumbradas en las más altas jerarquías del poder ó del talento, constituyen tipos cardinales en que puede encarnar el conjunto de cualidades de las musulmanas españolas con su natural contraste de humanas imperfecciones.

La historia del emir Abderrahman II, tercer sucesor del que instauró en España la dinastía oriental de los omeyas, está enlazada con la de una mujer poco simpática en verdad, pero digna de atención. La reina del harem, la esposa favo-

rita del emir, la sultana Tarub, figura de sombrío relieve en la historia interna de la dinastía, indiferente al amor conyugal y sedienta de oro, vendía sus favores á su débil esposo sin curarse de que los principios religiosos y los preceptos jurídicos hubieran consagrado los más elementales derechos de un marido de cualquier pueblo y religión. Abderrahman tenía que obsequiar á su arisca consorte con ricas dádivas de alhajas y preseas, y frecuentemente se daba el caso de que los amorosos suspiros del monarca se estrellaran inútilmente contra las cerradas puertas de las habitaciones de Tarub, hasta que el sonido metálico de un saco de plata, vibrando en los oídos de la dama, obraba como mágico talismán que descorría los cerrojos.

El amor maternal, único sentimiento noble de aquel corazón empedernido, sólo sirvió para envilecer á la sultana con el triste prestigio de los grandes crímenes.

El ansia de franquear el camino del trono á su hijo Abdala, segundogénito del emir, inspiró á Tarub las más repugnantes intrigas, encaminadas á inclinar el ánimo de su esposo en favor de aquel hijo y en contra del presunto sucesor, habido en otra mujer; pero no consiguiendo quebrantar la decisión de Abderrahman, resolvió suprimir los estorbos que no podía remover, asesinando á su marido y al príncipe heredero. Para ello se concertó con el eunuco Násar, pérfido y ambicioso palaciego, el más á propósito para tales maquinaciones. Prometióle Násar un veneno rápido y seguro que fué á pedir á un renombrado médico oriental. Este no se atrevió á negar el brebaje, pero sospechando su destino hizo llegar secretamente al emir un aviso que le pusiera en guardia. Cuando Násar presentó al monarca un medicamento de cuyas virtudes terapéuticas aseguraba que habían de ser maravillosa panacea para los achaques del valetudinario emir, examinó éste unos momentos la botella, y con flemática entereza ordenó al oficioso camarero que se bebiera él la medicina.

Comprendiendo que estaba descubierto, y que si rehusaba, su muerte era segura, obedeció con la esperanza de que el médico que le proporcionó el veneno podría administrarle la triaca; pero ningún antídoto bastó para evitar que, horas después, expirase el eunuco, entre dolores espantosos, víctima inútil de la ambición de la sultana y de su propia perfidia.

Dos años después murió el emir repentinamente, y faltó entonces muy poco para que los manejos de Tarub en favor de su hijo se vieran coronados por el éxito. Sobornados por ella algunos de los eunucos de palacio que habían de designar el sucesor, la elección de Abdala estaba á punto de ser un hecho, cuando uno de los electores logró imponer á los demás los escrúpulos de su conciencia, y en vez del libertino y excéptico Abdala fué declarado emir su hermano Mohámed, varón piadoso y honesto en quien concurría además la circunstancia de haber merecido también la preferencia del difunto monarca, aunque no lo hubiera señalado explícitamente como el heredero del trono cordobés.

Entre todas las mujeres que en España compartieron los honores de la realeza con emires y califas, ninguna llegó á ejercer tanta y tan aciaga influencia en la política, como una prisionera navarra, llamada por los árabes Sobho, en castellano Aurora, que convertida al islamismo y desposada por el ilustre califa Alhaquem II, llegó con sus torpes amoríos y locas aspiraciones á hacer variar el curso de la historia, preparando la caída de la dinastía.

Un hombre inteligente y ambicioso, logró introducirse en un humilde empleo de palacio. Supo primero captarse las simpatías de la reina, que le valieron rápidos ascensos, é inspirarle luego una pasión violenta que él utilizó como escalón de sus desmedidas ambiciones. Mohámed, hijo de Abiámir, que así se llamaba este personaje, obtuvo en el año 967 el cargo de secretario de la reina y administrador de los

bienes de sus hijos, pero cuando su encumbramiento tomó proporciones más gigantescas fué á la muerte del califa, en Octubre del año 976.

El trono pertenecía á Hixem, primogénito de Alhaquem II, habido en Aurora y á quien ésta había tenido buen cuidado de hacer jurar por heredero, en vida de su padre. Por primera vez se había dado el caso, entre los musulmanes españoles, de la jura de un príncipe y por primera vez se daba ahora el de una minoría, pues que el joven califa contaba once años. Esta circunstancia y la publicidad de los amores de la reina, suscitaron no pocas dificultades, faltando poco para que estallara una sublevación del pueblo y de la guardia palatina. Pero estrechamente unidos la reina y el favorito por la ambición y el amor, lograron extinguir los conatos de revuelta y asegurar en el trono á Hixem, conseguido lo cual y seguros con ello en el poder, parece que sometieron al joven califa á un régimen de constantes ejercicios religiosos, que embotando sus facultades y agotando sus iniciativas, destruyó toda probabilidad de que pudiera llegar á estorbar los ambiciosos planes de su madre y del ministro.

Éste llegó de hecho á ser el monarca. Puesto por Aurora al frente del ejército, sus sangrientas victorias dieron una terrible celebridad al título sultánico de Almanzor que había tenido la osadía de adoptar. Firme en el poder por su gloria militar y su hábil política, no necesitaba ya de auxiliares y rompió con Aurora. En vano quiso la sultana herida en su orgullo, hacer frente á aquel ingrato enemigo que á ella debía su engrandecimiento. En vano procuró reanimar las energías de su hijo, muertas para siempre; en vano intentó encender una rebelión en Mauritania. Almanzor pudo inutilizar todos sus manejos, y la reina tuvo que declararse vencida. Su antiguo y desatentado amor había producido males irremediables, y atormentada, de seguro, por esta amarga certidumbre, sobrevivió muy poco á la ruina de su amor y de sus ambiciones.

Menos de tres años mediaron entre la muerte de Aurora y la de su antiguo amante ocurrida en 10 de Agosto del año 1002. A la muerte de Almanzor, su hijo Abdelmélic se encargó del mando, aunque el pueblo veía con malos ojos la usurpación del poder por esta familia, en perjuicio de la dinastía legítima, y el secuestro que sufría el desgraciado califa Hixem II. Al choque de repetidas ilegalidades y de opuestas ambiciones, pronto se desmorona la unidad política en un período de contínuas revueltas, en que varios pretendientes de la famila real y de la de los Hamudíes, se disputan y arrebatan el trono sucesivamente, para acabar por el completo fraccionamiento de la España musulmana en la multitud de pequeños reinos que se llaman de taifas.

Algunos de estos estados mantuvieron el esplendor que había alcanzado el califato; pompa en la corte, florecimiento de artes é industrias, progreso de ciencias y letras, nada parecía faltar en ellos de cuanto hizo grande á Córdoba; pero en realidad, estaban heridos de muerte. La división política, la tiranía de los gobernantes, el predominio del militarismo, la concentración de la riqueza y formación de grandes latifundios, lo excesivo de los tributos, el incremento del lujo y la falta de cohesión entre aquellas razas, eran otros tantos gérmenes de ruina semejantes á los que minaban la sociedad visigoda en sus últimos tiempos; y todo esto agravado por la creciente pujanza de los cristianos, cuyas acometidas se hacían cada vez más frecuentes y temibles, preparó rápidamente la caída de aquella enfermiza sociedad.

Sin embargo, lejos de resentirse la literatura de tales turbulencias, esta época es en España el siglo de oro de las letras musulmanas, que con igual ardor son cultivadas por hombres y mujeres.

En Córdoba vivía, á la muerte de Almanzor, la poetisa Aiexa, hija de Ahmed, de la que dicen sus biógrafos que

reunió una rica biblioteca, muchos de cuyos libros habían sido copiados por ella misma, y que atesoraba como pocas mujeres inteligencia, cultura literaria, dotes poéticas y oratorias y solidez de criterio.

Para presentaros alguna muestra de sus talentos, he elegido entre las de Aiexa una poesía que improvisó en cierta ocasión, en que al entrar en el palacio de la familia de Almanzor halló á Abdelmélic, acariciando á su hijo adolescente.

Dice así la poesía:

Alá en él te sonría y acreciente
Sin cesar su valer. Fausta es su estrella.
Blande la espadaaudaz, y en pos de ella
Exulta de valor su heróica gente.
Y á la manera que en el puro cielo,
De estrellas circundada, alta fulgura
La blanca luna, ostenta él su bravura
Entre su hueste fiel, que cubre el suelo.
Cachorro de león, ¿qué mucho vea
A sus pies prosternada la victoria
Si Almanzor le engendró y tamaña gloria
A través de sus ojos centellea?
¡Raza sin par, á la que nada abate!
Tus mozos son por la prudencia ancianos,
Y tus viejos esgrimen en sus manos
Como mozos la espada en el combate. (1)

En Córdoba también, floreció poco después otra poetisa, que sobrepujó á todas las mujeres de aquel tiempo tan fecundo en hembras ilustres. La princesa Ualada, hija de Mohámed Almostacfí, rey de Córdoba durante dos años y descendiente del fundador del califato español, es sin duda la personalidad más saliente en la historia literaria de las musulmanas españolas, y merece un momento de reposo en este desfile de figuras femeninas.

Aunque alguno de sus biógrafos afirma, con inefable candor, que la acrisolada castidad de esta poetisa corrió parejas con su talento, múltiples é irrecusables testimonios me obligan á aseguraros lo contrario. Sus escandalosos

(1) Debo la versificación castellana de esta poesía á mi ilustradísimo amigo y compañero D. Ignacio Olavide.

amores con Abenzaidun, algunos episodios de su vida y la descarada procacidad de muchas poesías suyas, que me guardaré muy bien de traduciros, probarían sobradamente, aunque no lo dijeran graves autores, que la moral de Ualada no tenía nada de edificante.

Buena prueba de su bizarra despreocupación proporciona este verso, que ostentaba á la vista de todo el mundo, bordado con hilo de oro, en las franjas de su túnica:

Por Dios, que como yo no hay maravilla;
Sigo mi ruta y mi altivez confieso,
Pero al que me ama entrego mi mejilla,
Y no me niego al que me implora un beso.

Pero si en punto á honestidad no era un modelo, sus talentos eran quizá mayores que sus ligerezas, y como en la sociedad cortesana de aquel tiempo nadie se escandalizaba mucho por licencias de lenguaje, no es extraño que la nombradía de Ualada no sufriera grandes menoscabos, y que los más ilustres literatos se disputasen su amistad y su conversación.

Y así fué en efecto. La casa de Ualada era por las noches el centro de reunión de todos los hombres de cultura; los escritores más conspícuos concurrían á aquellas veladas, palestra literaria donde el ingenio se derrochaba á porfía, en contínuo tiroteo de oportunas agudezas; á cada momento, un poeta recitaba un verso ó hemistiquio cuyo complementario había de improvisar otro de los contertulios; otras veces se discutían y comentaban los más complicados puntos literarios y filológicos, ó se declamaban poesías españolas y orientales.

En estos peregrinos ejercicios de imaginación, no sólo rivalizaba Ualada con los más hábiles, sino que sobrepujaba á todos con su igenio.

Dotada además de admirable belleza, podemos creer que, como dice Almacarí, arrebatara los corazones y las almas y encendiera en los ancianos el fuego de la juventud.

En aquellas tertulias nacieron tal vez sus amores con el célebre poeta Abenzaidun, los únicos que á pesar de su dudosa reputación, podemos con certeza achacar á esta mujer, quizá más ligera de palabras que de conducta y sentimientos.

Dice Almacarí, que Abenzaidun amaba perdidamente á la princesa, y que «se alumbraba con la luz de su rostro en la noche obscura.» Esta pasión, que tan pintorescamente describe la frase árabe, no impidió al poeta cometer ciertos deslices con una esclava de la misma princesa, á quien ésta designaba con el nombre del planeta Júpiter, siguiendo la costumbre de dar á los esclavos nombres tomados de la naturaleza terrestre y sideral.

Noticiosa Ualada de la infidelidad de su amado, tanto más sensible para su amor y orgullo, cuanto que la esclava era negra, aunque muy hermosa según dicen, quejóse de los desdenes de Abenzaidun en esta poesía:

Si igual amor latiera en nuestros pechos,
Nunca me olvidarías por mi esclava;
Mas tú, la rama exuberante y bella
Abandonaste por la estéril rama,
Y pudiendo elevarte hasta la luna,
Por mi mal, ante Júpiter te arrastras.

Estas veleidades de su amado debieron de ser frecuentes, á juzgar por los acerbos insultos con que le fustiga Ualada en algunos de sus versos, sangrientos epigramas, cuya crudeza ningún eufemismo podría velar lo suficiente para que no desgarraran vuestros oídos.

Condenado á muerte Abenzaidun, por cuestiones políticas, hubo de refugiarse en Sevilla, y terminaron sus amores con Ualada. Esta vivió aún largos años en Córdoba consagrada al cultivo de las letras.

Entre los reinos de que os he hablado, formados á la caída del califato, pronto el de Sevilla adquirió una notable preponderancia aun sobre la vieja Córdoba, que casi por

espacio de tres siglos, había sido capital del reino y centro de convergencia de todo el movimiento literario.

En Sevilla, como en otras ciudades, el cadí se apoderó del mando y fundó un estado, que sus dos sucesores Abad Almotadid y Mohámed Almotamid engrandecieron hasta el extremo de conquistar gran parte de los dominios del antiguo califato y apoderarse de la misma Córdoba.

Amantes los príncipes de esta familia de las artes y las letras, existía entre las aficiones de los dos últimos profunda diferencia. Entregado Almotadid en cuerpo y alma á sus ambiciones, los peligros de sus guerreras fechorías y los cuidados de una política artera y tortuosa, sólo le permitían dedicar á la literatura el escaso sobrante de una actividad tan opuestamente solicitada.

Para su hijo Almotamid, las letras valían tanto, por lo menos, como la política. Dueño de un gusto exquisito, remuneraba espléndidamente á los poetas que le ofrecían sus composiciones, siempre que éstas merecieran el fallo favorable de su ilustrada crítica. Se cuenta que en una ocasión oyó recitar unos versos, en que ponderando su autor la veleidad del corazón humano, que tan fácilmente olvida las promesas, decía: «La fidelidad es algo fabuloso; algo así como un grifo, ó como el cuento de que á un poeta le regalaron un día mil monedas de oro».

Pronto el incrédulo poeta debió formar opinión más favorable de las virtudes *crematógenas* de la lira, por cuanto el generoso monarca le envió inmediatamente las mil monedas que tan fantásticas le parecían.

Este episodio de la vida de Almotamid contribuye á explicar otro que voy á referiros y que acarreó resultados de más trascendencia.

En vida de su padre, Almotamid desempeñó los gobiernos de Huelva y Silves. En esta población, trabó conocimiento é intima amistad con un joven poeta llamado Abenámar, que luego fué su ministro y favorito, y murió más

tarde víctima de su mismo protector, por circunstancias que no es del caso referir. Cuando los cuidados del gobierno lo permitian, los dos amigos se encaminaban á Sevilla para disfrutar por algún tiempo los placeres de la corte, que Silves no les podía brindar; y en una hermosa tarde en que el pueblo sevillano se solazaba á las orillas del Guadalquivir, príncipe y poeta paseaban juntos, mezclados con la multitud y confundidos con ella merced á sus sencillas vestiduras.

La superficie del río rizada por el viento y devolviendo en mil destellos los rayos del sol de Andalucía, inspiró á Almotamid este verso, cuya segunda mitad había de completar su compañero.

»Labra el viento en estas aguas fina malla:

Callaba Abenámar falto de inspiración, cuando una fresca voz de muchacha, prorrumpió:

«Si se helare, ¡qué defensa en la batalla!

Volvióse hacia la zagala Almotamid y quedó perplejo, dudando si admirar más el ingenio que acababa de mostrar ó su espléndida hermosura.

Esta muchacha, humilde lavandera y esclava de un conductor de mulas, llamado Romáic, debió á aquel momento de inspiración la más brillante fortuna, y en la historia del reino sevillano se hizo célebre el sobrenombre de Romaiquía con que era designada por derivación del nombre de su dueño. Rescatada y manumitida por Almotamid, no vaciló éste en hacerla su esposa, consagrándole tal afección, que pronto Romaiquía era el árbitro de las voluntades y decisiones de su marido. Desde Silves, donde se hallaba el matrimonio, llegó á oidos del viejo monarca este imperio que sobre su hijo se ejercía, y debió parecerle sobradamente indigna de un príncipe tamaña debilidad, cuando se dirigió á Silves dispuesto á dar al gobernador una lección en toda regla; pero ante el turbión que se le

venía encima tuvo Almotamid la feliz idea de enviar al encuentro de su padre á la hermosa delincuente con un gracioso pequeñuelo en los brazos. El atractivo de la belleza y la simpatía de la sangre desarmaron la cólera del regio abuelo que no pensó ya en reprimendas.

Romaiquía ejerció siempre el mismo dominio sobre su enamorado esposo; otra mujer hubiera usado de él para intervenir en la política. Traviesa y ligera, Romaiquía sólo se prevalió de su ascendiente para procurarse la satisfacción de sus frecuentes caprichos, fútiles como de chiquilla y costosos como de sultana. En Córdoba, cuando acababa de ser rendida esta plaza, tuvo ocasión de presenciar un espectáculo completamente nuevo para ella: una nevada. De vuelta en Sevilla, quejóse á su marido, entre amargos sollozos, de la cruel desgracia de tener que vivir en una ciudad donde no nevaba nunca. Deseoso de complacerla, y no pudiendo regir á su antojo los fenómenos naturales, ordenó Almotamid que en los alrededores se plantasen almendros, cuyas blancas flores proporcionaron á la reina cada primavera un panorama digno de las regiones polares.

Vió en otra ocasión unas mujeres, que con los pies desnudos amasaban barro para hacer ladrillos, y un vehemente deseo de imitarlas se apoderó de ella. Nuevas quejas y nuevos llantos. Su marido era un tirano que la tenía condenada á vestir sedas y bordados y á sufrir los abominables ceremoniales de la corte. Ella era más feliz cuando en su juventud podía correr líbremente por el campo hollando el fango con sus pies; envidiaba á las humildes operarias del alfar. Y en vista de todo esto, Almotamid hizo arrojar en un patio de palacio gran cantidad de perfumes en polvo y regarlos con agua de rosas, en cuya mezcla, Romaiquía, acompañada de sus hijas y esclavas, y después de descalzarse, comenzó á amasar con verdadero entusiasmo.

La satisfacción de este capricho debió de costar un crecido desembolso al complaciente Almotamid, pues según

cuentan los autores árabes, cuando más adelante se oponía el monarca á algún descomedido apetito de su consorte y ésta le acusaba de que nunca había hecho nada por complacerla, Almotamid se defendía sencillamente con esta pregunta—¿ni el día del barro?—que lograba enmudecer y aun sonrojar á la sultana.

Bastante más pudiera prolongar mi narración con el destronamiento y cautiverio de Almotamid y Romaiquía, pero el tiempo apremia, y basta con lo expuesto, toda vez que mi principal objeto al rasguear la biografía de esta princesa es poner de relieve la facilidad con que el hecho corrige el derecho, que aun en una legislación más parcial, intolerante y masculina que la musulmana, no puede menos de dejar algún camino á la mujer para que ella se lo abra en la sociedad ó en la familia por el influjo de sus condiciones individuales.

Algún verso se conserva de Romaiquía, pero aunque algunos autores la han comparado con Ualada, no puede negarse que media una gran diferencia entre los chispazos de imaginación de la reina sevillana y el erudito y pulimentado ingenio de la princesa de Córdoba, que sólo halla rival en la granadina Racunia y en alguna otra ilustre poetisa, de quienes os hablaría si no temiera fatigar vuestra atención, que sólo quiero detener breves momentos sobre algunas consideraciones necesarias, á mi juicio.

Si hemos de estimar en su justo valor la significación de los hechos expuestos, no debemos considerarlos aisladamente; y en este caso, ningún término de comparación podemos hallar más adecuado, que la situación de la mujer en los países cristianos de la Península, durante los cinco siglos en que florecen esclarecidas musulmanas.

El insigne orientalista español, Sr. Simonet, pretendió hallar la causa de ese admirable desarrollo de la personalidad femenina entre los musulmanes españoles, en la influencia cristiana.

Repugnaba á su piedad sincera, aunque mal entendida, confesar que los sectarios de Mahoma hubieran podido aventajar en nada á nuestros gloriosos antepasados de la Reconquista, sin detenerse á reflexionar que ningún dogma religioso puede sufrir menoscabo porque se reconozca la virtud ó la inteligencia donde quiera que se encuentren.

La opinión del Sr. Simonet en este punto, es insostenible.—Desde el siglo VIII al XII, período en que la historia musulmana de España está ilustrada por brillante falange de literatas y poetisas, y en que la cultura femenina se extiende desde las reinas hasta las esclavas y artesanas, ¿qué hallamos en los países reconquistados?—Sólo el silencio de los historiadores, que nos deja adivinar á la mujer apartada en absoluto de los estudios literarios, como no podía menos de ocurrir en una sociedad, que herida por tremendos golpes, elaboraba trabajosamente ideales y elementos de vida, desmedrados y raquíticos entonces, aunque el transcurso de los siglos los hubiera de trocar un día en gérmenes fecundos de grandeza.

Verdad es que el contacto y fusión de las razas pudo con la herencia física llevar á los musulmanes aptitudes peculiares á los cristianos, y hasta es posible que ese cruzamiento les fuera ventajoso. Verdad que muchas de las mujeres que se distinguen entre aquéllos, eran prisioneras castellanas ó navarras. Pero todo esto no basta, porque es imposible reconocer como patrimonio de los cristianos aptitudes que sólo se desarrollan en suelo musulmán ni vincular en la raza de aquellas prisioneras, facultades que no salen del estado latente en su propia esfera y se manifiestan al contacto de un pueblo hostil y tan opuesto en raza, en lenguaje, en costumbres y en creencias como lo era el pueblo de Mahoma.

La religión no es el único elemento que influye sobre una sociedad. Son múltiples los factores que modelan el alma humana y es preciso distinguir entre mahometismo y musulmanes como entre cristianismo y cristianos.

El Alcorán sancionando la poligamia, deja á la mujer en una situación de humillante inferioridad. Sin embargo, es innegable que el recuerdo de la mujer arábigo-hispana, constituye un timbre glorioso en la evolución social de la mujer.

Al recorrer las páginas de la historia, hay que rendirse ante la evidencia de los hechos, que recaban para los musulmanes un puesto más honroso que el que ha podido asignárseles en días nefastos, en que una contienda encarnizada justificaba todas las intransigencias y cerraba todo camino al juicio sereno y desapasionado.

Hay que confesar que el yugo del harem no fué tan aflictivo y vejatorio para la mujer como lo ha pintado la fábula, puesto que pudo romper el círculo de preocupaciones y rutinas que aun en los pueblos cultos coartan su albedrío, y lanzarse á conquistar puestos y gloria en todas las esferas de la actividad intelectual.

Y esta es la verdad, aunque en las actuales circunstancias, es una verdad que parece increible. Pero hay que tener en cuenta, que desde los tiempos medievales, el poder político de los musulmanes españoles decayó con rapidez; su civilización se cristalizó, quizá para siempre, en los estrechos moldes de las intransigencias semíticas y al apagarse en la mujer los destellos de inteligencia que la dignificaban, su personalidad se esfuma y desvanece en la insignificancia en que hoy yacen las mujeres africanas.

En la España de la Reconquista, sucedió lo contrario. En los primeros siglos, no es de extrañar que si algunas mujeres se destacan, sean como Dosinda en Asturias, Sancha en León, Tota en Navarra y Costanza en Castilla, reinas cuya esfera de acción, determinada por las circunstancias de una sociedad naciente, no puede trascender más allá de la política.

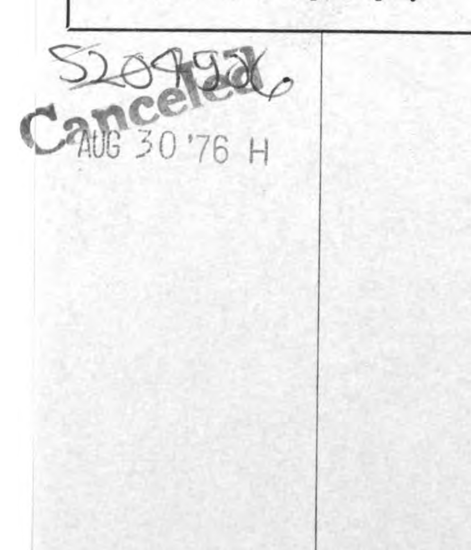
Pero, poco á poco, la sociedad se robustece, los ideales se concretan, las creencias se depuran, y la mujer cristiana,

marchando al unísono en el progreso general, se eleva por sus propios merecimientos, se circunda de mayestática aureola de virtud y de cultura, y contempla, cercanos y accesibles, horizontes de redención que sólo la predicación mesiánica le había anunciado y prometido.

En la Edad Moderna y desde doña Beatriz Galindo, cuya diáfana figura habéis visto trazada maravillosamente por la mágica oratoria del Sr. Silvela, nombres femeninos de fama inmarcesible se suceden en aúrea cadena, cuyos apretados eslabones llegan hasta vosotras. Hasta vosotras, que no contentas con la nobleza de la sangre conquistáis la del talento y ofrecéis al resto de las españolas luminosa estela que seguir y ejemplo gallardo que imitar, consagrando vuestro espíritu á estudios científicos y tareas literarias, que lo capacitan para saborear los tesoros de doctrina vertidos en estas conferencias por hombres eminentes y para juzgar con severidad las deficiencias en que por esta vez ha incurrido el orador, indigno de auditorio tan competente como vosotras.

He dicho.




Canceled
AUG 30 '76 H